



ESPECIAL AÑO 'AMORIS LAETITIA'

MENAS: unas religiosas son mi familia

SUMARIO

MAYO 2021. N ° 26

4 EN PORTADA

Ellas son mi hogar

8 TESTIMONIOS

Llamadas a cuidar la inocencia

Marta López, Hija de la Divina Pastora

Ser samaritanos y hacer hogar

Miguel Ángel Cuadrillero, Religioso Pavoniano

Acogida cálida

Vicente Aranda, Orden del Carmen

Un regalo de comunión junto a los pequeños

Irene Bizzotto, religiosa de Don Orione

Al lado de la persona que sufre
Manuel Armenteros, San Juan de Dios

Un trabajo artesanal que se expresa con ternura
Hermanas de la Caridad de Santa Ana

Una casa de 39 hermanos

Asun Mató, Hija de María Auxiliadora

Encuentros humanos

Fernando Ruiz, Orden de la Merced

Todos caben

Fernando Artigas, Misionero del Espíritu Santo

Yo también SOY CONFER



Nombre: Margarita María

Apellidos: Bordallo Nieto

Congregación/Instituto: Religiosas de María Inmaculada Misioneras Claretianas

Aquí vivo... en una comunidad en la zona sur de Madrid.

¿Quién es mi prójimo? Más que saber quién es mi prójimo, hacerme próximo de los demás, como el samaritano del Evangelio.

La Vida Religiosa es... anuncio, testimonio y servicio.

Mi vocación en una palabra: Jesús

Frase de mi fundador/a: "Que te conozca a ti, Señor y conozca todo lo que Tú quieras que haga, para servirte y amarte" (María Antonia París).

UNA IMAGEN para compartir



CONFER
@MediosConfer



La periodista malagueña Tamara Cordero Jiménez, miembro del Equipo de Reflexión de Comunicación de la CONFER, nueva directora de R21.



Imagen de portada: Religiosas de los Sagrados Corazones comparten vida con ex tuteladas. Foto: Jesús G. Feria



Somos CONFER

somosconfer@confer.es. **Presidenta:** María del Rosario Ríos, ODN. **Vicepresidente:** Jesús Díaz Sariego, OP.
Secretario General: Jesús Miguel Zamora, FSC. **Secretaria General Adjunta:** Pilar Arroyo, HCSA. **Web:** confer.es

ÁREAS Y SERVICIOS

Administración: administracion@confer.es

Asesoría Jurídica: asesorjuridico@confer.es

Centro Médico-Psicológico: sec.psi@confer.es Tfno.: 915 195 656

Comunicación: comunicacion@confer.es

Estadística: estadistica@confer.es

Formación: formacion@confer.es

Internet: internet@confer.es

Justicia y Solidaridad: jyp@confer.es; social@confer.es;
migraciones@confer.es

Misión y Cooperación: myc@confer.es

Misión Compartida: edmc@confer.es

Pastoral Juvenil Vocacional: pjv@confer.es

Regionales y Diocesanas: cryd@confer.es

Sociosanitaria: sociosanitaria@confer.es

Intercongregacional: proyectosinter@confer.es

Dirección editorial: José Beltrán. **Redacción:** Eva Silva, Irene Yustres y Rubén Cruz. **Diseño:** Amparo Hernández. **Fotografía:** Archivo Vida Nueva y Jesús G. Feria. **Edita:** PPC. **Imprime:** Jomagar. Todos los contenidos son elaborados por CONFER, con apoyo editorial de Vida Nueva.

‘Aprojimarse’

La Vida Religiosa es maestra en ‘aprojimarse’ –estar al lado del prójimo–. Incluso, haciendo familia con tantos heridos de nuestro mundo a los que acompañamos en el camino. Por eso, nos sentimos interpelados, en este Año de la Familia *Amoris laetitia* convocado por el papa Francisco, cuando en el punto 197 habla de la familia grande, que “debería integrar con mucho amor a las madres adolescentes, a los niños sin padres, a las mujeres solas que deben llevar adelante la educación de sus hijos, a las personas con alguna discapacidad que requieren mucho afecto y cercanía, a los jóvenes que luchan contra una adicción, a los solteros, separados o viudos que sufren la soledad, a los ancianos y enfermos que no reciben el apoyo de sus hijos, y en su seno tienen cabida ‘incluso los más desastrosos en las conductas de su vida’”. Parece que el primer Papa jesuita de la historia tuviera en mente, al redactarlo, todos los ambientes pastorales en las que se mueve la Vida Religiosa. En este nuevo número de *Somos-CONFER* encontramos el testimonio de nueve religiosos que se desgastan en estos lugares.

En portada, la CONFER pone en primera plana a las religiosas de los Sagrados Corazones, que, desde lo pequeño, como el grano de mostaza, han creado un proyecto familiar para acoger en cada comunidad a una ex tutelada, pues los menores migrantes no acompañados dejan de existir para el sistema una vez cumplen la mayoría de edad. Pero no pueden dejar de existir para nosotros, que, como creyentes

*La Vida Religiosa
hace familia con
los heridos de
nuestro mundo a los
que acompañamos
en el camino de
la vida*

y consagrados, vemos en esos niños y niñas a los hijos de Dios. En este momento en el que la vida se juega en la frontera sur de España, deseamos que se solucione pronto el conflicto con decisiones políticas razonables que atiendan a los débiles. Asimismo, extendemos nuestra solidaridad a la Vida Religiosa que, en frontera, apuesta por

acoger, proteger, promover e integrar. Hacer realidad los cuatro verbos que nos invita a conjugar el Sucesor de Pedro es posible más allá de Ceuta y Melilla. Estamos convencidos de que la Vida Consagrada profética que este momento de la historia necesita reza al Dios de la vida para que los derechos humanos traspasen cualquier valla. ☩

LA VOZ DE LA PRESIDENTA

Trabajar por la vida

En este último tiempo hemos vivido un acontecimiento significativo para la Vida Consagrada en España: la 49^a-50^a Semana de Nacional para Institutos de Vida Consagrada organizada por el ITVR.

El tema propuesto *Consagrados para la vida del mundo. La vida consagrada en la sociedad actual* nos evoca ya, en su mismo enunciado, que nuestra consagración es para entregar vida a otros, a esta sociedad y este mundo, y nos invita a conocer con profundidad la sociedad actual, la realidad amplia, a través del estudio, el análisis, la reflexión y, al tiempo, con esa profundidad que da el aprender a mirar con la mirada de Dios este mundo. Solo así podremos percibir su presencia en la hondura de cada situación, podremos acoger como un don que nos desinstale y abra nuevos horizontes de vida y misión, podremos reconocer en este mundo nuestro cómo Dios nos invita y envía a colaborar con Él para que el Reino crezca, a anunciar de diversos modos la Buena Noticia del evangelio que es, sin duda, vida para el mundo.

La celebración de esta Semana tiene lugar cuando se cumple 50 años del ITVR. Es esta una ocasión para felicitar a los Misioneros Claretianos y para agradecerles muy fraternalmente el servicio que realizan a la Vida Consagrada en España. ☩



MARIÑA RÍOS
Presidenta de la CONFER



Sobre estas líneas, Fadoua y Nuria Arias; al fondo, Maya con Nuria Lobo.
A la derecha, Fadoua se abraza con una religiosa, flanqueadas por Marina Utrilla a la izquierda y Nuria Lobo a la derecha

Ellas son mi hogar

Las religiosas de los Sagrados Corazones acogen a chicas extuteladas en dos comunidades de Madrid para hacer familia con ellas

RUBÉN CRUZ

Acoger, proteger, promover e integrar es esto. **Fadoua y Maya** viven en casa de unas religiosas de los Sagrados Corazones. O al revés. Es lo mismo. Son familia. Ellas, de corazón grande, viven su vocación en la familia grande, que “(...) debería integrar con mucho amor a (...) los niños, dándoles un amor sano y una tutela familiar cuando sus padres no pueden...” (*Amoris laetitia*, 197). De menores no acompañadas –MENAS– a ex tuteladas. Y cumpliendo su sueño de formarse y tener una vida digna gracias a estas religiosas. Ellas, sin embargo, se quitan mérito, pues no han hecho nada más que abrir las puertas de su casa y poner un plato más en la mesa...

Maya no lo olvida. 12 de agosto de 2019 –“es un día muy importante para mí, pese a que fue un momento de mucho miedo”, subraya–. Tenía 18 años. Eran las cuatro de la mañana. Medio centenar de personas aguardan en una playa de Tánger. “Para subirte a la patera tienes que entrar casi todo el cuerpo en el agua, porque si la acercan a la orilla puede picarse. Es de noche, no ves nada. De repente el conductor dice: ‘Vamos’. Y todo el mundo sube. Yo no podía. No sé qué me pasó. El agua me llevaba dentro... le pedí a un hombre que me ayudara a subir y lo hizo. Había muchas olas, el mar estaba muy fuerte. No sabía lo que estaba haciendo... qué hacía ahí. Te-

nía la sensación de odiar la vida, de odiar el país en el que he nacido porque en Marruecos si no tienes dinero no vales nada”. Así lo relata. Del tirón. Fadoua comienza a llorar. Se siente identificada, aunque ella llegó sin jugarse la vida en el mar.

Maya es de un pueblo del Atlas. Tuvo que irse a una ciudad más grande para estudiar. Pero como su madre trabaja en el campo, no podía mantenerse sola. Aprovechando que tenía una amiga en Tánger, se fue unos días para conocer a gente que pudiera ayudarle a coger un cayuco. Y lo consiguió. “Al llegar, yo estaba con dos chicas menores y la policía, al verme con ellas, pensó que yo también lo era y nos llevaron a un



¿Tienes techo y comida? Acoge

El Proyecto *TODO* de las religiosas de los Sagrados Corazones nace de las preguntas y búsquedas para dar respuesta a las realidades sufrientes que les van llegando. Les duele especialmente ver la vulnerabilidad de las jóvenes migrantes extuteladas, ya que, al cumplir los 18 años, son puestas en la calle, con las consecuencias y peligros que tiene esto para ellas. Por eso se plantearon responder a esta llamada urgente, y con sencillez, ofrecer techo, comida y calor de hogar. Esto es lo básico que se necesita para acoger. Se ponen en marcha con otras instituciones, y desde ahí se lanzan al Proyecto. Están convencidas que esta manera de comprometerse está abierta a otras Congregaciones, sabiendo que es una manera de respuesta al hoy como Vida Religiosa, por eso invitan a participar y sumarse a él a quienes quieran. Para las hermanas, esta es una manera de concretar la fraternidad, de apoyar y sostener a las mujeres que lo necesitan hoy, una manera de ser familia en el seno de la Iglesia, una manera de que la Vida Religiosa siga siendo fecunda estando abierta a quien lo necesita.

coordinadora@ssccreligiosas.es

centro. Allí pasamos una semana y luego nos enviaron a Sevilla, donde he estado seis meses", explica. Y continúa: "Veía la vida negra... ¿qué pasa si se enteran de que soy mayor? ¿Me van a devolver a mi país? Somos seres humanos y no venimos a matar a nadie".

Gracias a la Fundación Sevilla Acoge estuvo un año en un piso con otras chicas ex tuteladas de Marruecos y América. Luego es cuando los Sagrados Corazones aparece en su vida. "Gracias a Dios, ya estoy en Madrid. He convalidado el bachillerato y he conocido a estas mujeres que me han abierto las puertas de su casa. Ya estoy esperando para hacer un grado medio de enfermería", comenta ilusionada. Ahora está comenzando una vida nueva junto a las hermanas.

Cruzar la valla de Melilla

Fadoua, por su parte, natural de Nador, cruzó la frontera de Melilla a los 17 años. "No tengo padre. Soy hija única y mi madre está en Marruecos, porque yo crucé la frontera sola, con Dios. Y lo hice porque quería estudiar. Me ha dolido mucho dejar a mi madre atrás, pero tenía

que hacerlo", comienza a contar la joven. "Un día me levanté y a las 7 de la mañana entré. Desperté a mi madre y le dije: 'Voy a intentar entrar a Melilla'. Lo hice sin ninguna documentación y me fui directamente a la policía. Ellos me llevaron a un centro de menores –La gota de leche–", relata. Estuvo en este recurso un año y tres meses. "Al cumplir los 18 años tuve que irme y buscarme la vida. Fui a la aventura hasta Málaga. Estuve dos semanas en un albergue. Luego apareció la Fundación Málaga Acoge y me enviaron a una casa de acogida, donde estuve un mes. Como pensaba sacarme la ESO en Málaga me fui a otra casa, en la que estuve siete meses mientras estudiaba. Aquí fue donde conocí a Nuria Arias y Nuria Lobo, a las que le conté mi historia y me ofrecieron venir a Madrid", explica.

Una oportunidad que Fadoua aceptó. "Llevo aquí diez meses. Me puse a hacer un curso de cocina y he podido arreglar los papeles; estoy en buenas manos y ellas siempre han estado cuidándome. Ahora estoy en prácticas en un restaurante, que ya me ha confirmado que me va a contratar. Todo es gracias a ellas. La

Congregación de los Sagrados Corazones siempre ha estado conmigo. Sé que puedo ir con los ojos cerrados cuando estoy con ellas porque no me va a pasar nada", señala. Fadoua lleva un mes independizada. "Me ha costado salir. Tanto, que di marcha atrás, pero ellas me dijeron que si ya había dado un paso tan importante, tenía que seguir, aunque esta será siempre mi casa. Una vez más, tienen razón: me está yendo muy bien".

Ambas religiosas la escuchan con emoción. "Ellas me han enseñado mucho. Lo que soy ahora y lo que he logrado es gracias a ellas. Aquí tengo una madre y una tía. No se puede decir con palabras lo que sentimos las unas por las otras: esto es amor", afirma. "Esta ha sido mi casa. Mi salón, mi habitación, mi baño. Ellas son mi familia. Cuando hacía el curso de cocina y llegaba a casa de madrugada, una de las hermanas, aunque se levantan temprano para rezar, me esperaba siempre con la cena hecha. Y me acompañaban mientras comía ...", recuerda con lágrimas en los ojos Fadoua, una de las patas de esta familia grande en la que todos caben. 



Un corazón grande

El punto 197 de la exhortación ‘Amoris laetitia’, enmarcado en el capítulo quinto (‘Amor que se vuelve fecundo’), en un subapartado que el papa Francisco titula ‘La vida en la familia grande’ y subtitula ‘Un corazón grande’, dice así: “Esta familia grande debería integrar con mucho amor a las madres adolescentes, a los niños sin padres, a las mujeres solas que deben llevar adelante la educación de sus hijos, a las personas con alguna discapacidad que requieren mucho afecto y cercanía, a los jóvenes que luchan contra una adicción, a los solteros, separados o viudos

que sufren la soledad, a los ancianos y enfermos que no reciben el apoyo de sus hijos, y en su seno tienen cabida ‘incluso los más desastrosos en las conductas de su vida’. También puede ayudar a compensar las fragilidades de los padres, o detectar y denunciar a tiempo posibles situaciones de violencia o incluso de abuso sufridas por los niños, dándoles un amor sano y una tutela familiar cuando sus padres no pueden asegurarla”. Nueve religiosos dan testimonio en ‘SomosCONFER’ de cómo su “familia grande integra con mucho amor” a quienes acompañan en su caminar.

Llamadas a cuidar la inocencia

Marta López, HDPC

Hija de la Divina Pastora Calasancia

Las Hijas de la Divina Pastora somos presencia de Cristo en este pedacito de Argentina, respondiendo al impulso del espíritu que recibió san **Faustino Míguez**, por eso “para evitar que la inocencia del corazón se pierda en las tinieblas de la ignorancia”, animamos y acompañamos una escuela primaria de niñas, la mayoría provenientes de uno de los sectores más vulnerables de la ciudad de Buenos Aires, la villa 1-11-14.

Son hijas de inmigrantes de los países limítrofes que ante la necesidad de encontrar un lugar donde vivir y no contar con recursos económicos suficientes, terminan viviendo en condiciones deplorables de hacinamiento, lo que provoca un ambiente propicio para la violencia, la drogadicción, el abuso, el maltrato, que culmina en una falta de horizonte para buscar una vida más digna.

Ante este contexto social y familiar, la comunidad educativa y religiosa de la escuela busca ser un espacio de amor, apoyo y contención que muestre que es posible sentirse amadas y valoradas, relacionarse de otra manera, tener otros criterios de vida y soñar con nuevos horizontes.

Reconstruir vínculos

Una de nuestras preocupaciones es acompañar de manera personalizada a las niñas y sus familias, brindando herramientas que reconstruyan y mejoren los vínculos familiares que muchas veces están rotos porque los padres repiten sus historias de vida conflictivas o por la situación en la que se ven obligados a vivir.

Por esta razón a las niñas que están en mayor vulnerabilidad, ofrecemos la posibilidad de quedarse como pupilas de lunes a viernes, a veces para garantizar su continuidad escolar, otras veces como prevención de situaciones que la ponen en peligro por su realidad familiar o el contexto en el que viven, y otras como ayuda y protección porque en casa viven situaciones conflictivas o de abuso.

El objetivo es brindarles no solo, un lugar para quedarse, donde tienen asegurado una cama limpia para cada una, recibir las cuatro comidas, una ducha caliente y un lugar propicio para estudiar;

sino, lo que da sentido a nuestra misión: un espacio de familia que les muestre el amor de Dios Padre que las ama, cuida y protege, donde pueden compartir sus dificultades, luchas, anhelos, juegos y sueños.

Entre ellas se cuidan unas a otras como hermanas, se sostienen, se escuchan, se enseñan, se cuentan sus angustias y temores, se animan y así alivianan las cargas que a tan corta edad deben llevar.

Nosotras religiosas calasancias, somos de esta manera una semillita del Reino que abraza la fragilidad y como el buen samaritano nos detenemos para curar las heridas del corazón, con el único deseo de que puedan ser felices en el transcurso de toda su vida. ☩



Ser samaritanos y hacer hogar

Miguel Ángel Cuadrillero, FMI

Religioso Pavoniano

Hay quien dice que la vida religiosa está alejada de la realidad, que vive en otro mundo. A veces, nos puede pasar. Sin embargo, no cabe duda que estamos en muchas fronteras, aunque también tengamos nuestras exigencias, queriendo salvaguardar nuestros espacios comunitarios. Pareciera que lo que anhelamos es “trabajar con”, pero no “vivir con”. ¿No es posible compaginarnos lo uno y lo otro? ¿Nos cuesta tanto entender que lo grande de nuestra vida es compartir nuestro tiempo y nuestros dones con aquellos caídos al borde del camino, no durante cuatro ratos, sino enteramente? ¿Llegamos a entender de verdad, vivencialmente, que estamos llamados a ser “samaritanos”?

En ese sentido y siguiendo la línea marcada por nuestro fundador, **Ludovico Pavoni**, en su dedicación a la tarea educativa en favor de los más necesitados, los Pavonianos de San Sebastián llevamos más de treinta años abriendo nuestra casa a chicos y chicas que se recuperan del problema de las adicciones. Pavoni, en la primera mitad del siglo XIX, entendió su misión como “inspirada por Dios”; por eso, se dedicó a educar a los muchachos y jóvenes más necesitados de su ciudad, Brescia (Italia), preparándolos como buenos artesanos, llenos de humanidad y abiertos al soplo del Espíritu, como hombres cristianos para aquella sociedad. Así pues, siguiendo ese carisma, los Pavonianos compartimos con estos jóvenes nuestras horas, ofreciéndoles un hogar y acompañando sus pasos en esa senda ilusionante hacia una nueva vida, hacia una libertad auténtica. No se trata solo de tenerlos aquí, con nosotros, sino de sentirlos parte de nuestra existencia e irles orientando hacia una vida llena de humanidad y basada en los valores evangélicos.

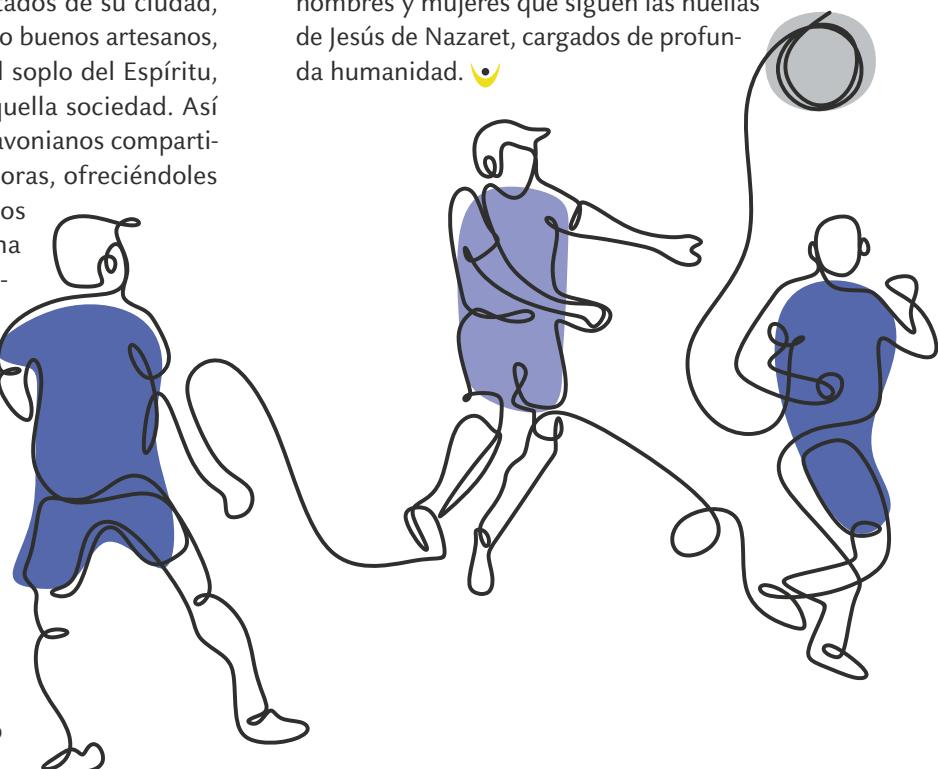
Acompañar sus pasos

Somos en la actualidad tres religiosos, que coordinamos un equipo de educadores y acogemos en nuestra casa a veinte jóvenes, que participan en el programa terapéutico

“Proyecto Hombre” de San Sebastián. Nuestra parte es la de formar familia con ellos, acompañando sus pasos y reforzando sus motivaciones para seguir este camino, que en parte hacen aquí. En los tres meses que suelen estar en nuestra casa, logran sentirse parte de nuestra familia, dentro de un hogar cálido que les ayuda a realizar su proceso formativo y a caminar hacia el futuro.

Desde nuestro carisma, que se orienta a la educación integral de los jóvenes pobres y necesitados, somos “educadores”. Y eso, como diría el papa Francisco en la *Patris corde*, es *respeto a la libertad de la persona, confianza profunda en sus capacidades, que manifiestan las huellas de Dios*. Compartiendo la vida con ellos, somos testigos de sus pasos, inseguros pero humanos. Cada día aprendemos a valorar el amor que Dios ha sembrado en cada persona y que va humanizándola a través de gestos sencillos, del trabajo a favor de los otros, de un aprendizaje de respeto y autoayuda, de convivencia cercana, de apertura a los valores del Evangelio. Y vamos aprendiendo de ellos a ser mensajeros de esperanza.

Ojalá nuestra vida sencilla y exigente sea un claro reclamo para tantos que quieren ver en los religiosos hombres y mujeres que siguen las huellas de Jesús de Nazaret, cargados de profunda humanidad. 



Acogida cálida

Vicente Aranda, O.CARM*Orden del Carmen*

La Residencia Monte Carmelo, fundada por los PP. Carmelitas e inspirada en el humanismo cristiano, tiene como principal actividad la prestación de servicios sociosanitarios, destinados a cuidar y atender integralmente a las personas mayores.

La familia, como ámbito que aporta a la persona la calidez, el cariño y la cercanía que en otros ámbitos no encontramos, no tiene sustituto. Las relaciones familiares están motivadas por el amor y el afecto, no por contratos de obligado cumplimiento. Pero bien sabemos que la ancianidad y la enfermedad conllevan estados de dependencia. Por múltiples factores, es razonable que hoy en día se acuda a instituciones adecuadas y cuidadores profesionales especializados para atender a los mayores en la última etapa de la vida. A pesar de todo, no podemos olvidar, y así lo recordamos permanentemente en nuestro centro, que ningún confort material puede sustituir jamás a la presencia, el vínculo, la compañía y el afecto de la familia.

De este modo, entendemos el centro como una prolongación del hogar donde la persona anciana pueda seguir desarrollando con normalidad sus actividades diarias, aun cuando existan grandes niveles de dependencia, propiciando un ambiente confortable y cálido, de auténtica protección y respeto a la autonomía moral y a la dignidad humana.

Cuidar sus historias

Pero sabemos que no hay cuidados estandarizados, iguales para todos, cada persona y cada familia tiene su propia historia y trayectoria vital particular. Por ello, procuramos la máxima comprensión en las decisiones que toman con respecto al cuidado de sus mayores. Por nuestra parte, intentamos personalizar los servicios que ofrecemos para que la última etapa de sus vidas transcurra en las mejores condiciones materiales y humanas posibles.

Procuramos mantener un tipo de relación que cuida su bienestar a través de gestos cotidianos, escuchando



sus inquietudes y deseos, estimulando su propia colaboración y respetando su autoestima. Para cuidar no basta hacer algo por el otro, es necesario ser con el otro, entrar en relación con él, permitir, en la medida de lo posible, su forma de hacer las cosas. Transmitimos la confianza suficiente para hacerle ver que nos tomamos en serio lo que siente y lo que piensa. Respetamos sus convicciones humanas y espirituales, aquellas que han formado parte de su historia personal.

En esta tercera, consideramos imprescindible la implicación personal y profesional de los trabajadores. La aspiración de excelencia en el trato del residente pasa por el cuidado y formación continua de los trabajadores, tanto en los aspectos técnicos como humanos, impregnando de amabilidad y cercanía nuestro modo de hacer.

A través de los protocolos de actuación e indicadores para medir su grado de cumplimiento, buscamos la eficacia y calidad en los servicios prestados, así como la satisfacción de residentes y familiares. Con el fin de hacer de la residencia un hogar cálido y prolongación de la familia, cuidamos los detalles humanos: personalización de espacios, poder compartir mesa y comida familiares y residentes, felicitación de todos los cumpleaños, reuniones y comunicación permanente con los familiares...

Con el salmista, hacemos nuestra la súplica de los ancianos: “No me rechaces ahora en la vejez, me van faltando las fuerzas, no me abandones” (Sal 71, 9). ☩

Un regalo de comunión junto a los pequeños

Irene Bizzotto, PHMC*Religiosa de las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad*

Ser familia es sentir al otro como “Alguien” que te pertenece y a quien tú perteneces, si el otro es un hermano con problemas que no puede valerse por sí mismo. Tú eres para él padre y madre, hermano y hermana..., tú eres su familia en quien se fía, confía y abandona. Así sucede en relación con todos los que gravitan entorno a él y actúan en el ambiente que lo rodea, ya sean: religiosos, profesionales, educadores, voluntarios... todos forman una gran familia en la que se siente acogido y amado, estimado y mimado, importante y único.

Acompañando el recorrido educativo de crecimiento humano y afectivo de “nuestros chicos”, hablamos con ellos y les hacemos partícipes en lo que les pedimos que hagan y... hacemos con ellos, aunque no necesiten muchas palabras sino más bien el trato y la modalidad con los que los tratamos y los implicamos y en la necesidad estamos dispuestos a ayudarlos con tanto afecto y paciencia.

Acogida recíproca

Esto crea un clima de confianza, de acogida recíproca, de familia y de empatía... que hace serena y alegre la vida cotidiana. Crece así el estilo de la entrega y del servicio, y es precisamente esto lo que hace la diferencia y crea relaciones que implican a los familiares, a los voluntarios, a los trabajadores que se sienten sostenidos en su trabajo y gratificados por la sonrisa de quien les hace sentirse importantes e insustituibles.

Como “Humanidad” deberíamos aprender a reconstruir la “nueva sociedad” recordando la advertencia de Jesús: “Los pobres los tenéis siempre con vosotros” y aprender de los pequeños y de los pobres los verdaderos valores de nuestra breve peregrinación terrena: todos hermanos los unos de los

otros, como una única y gran familia, la familia de los hijos de Dios.

Recibiendo un día la visita de un grupo de jóvenes en una comunidad de “Chicas frágiles”, el sacerdote que los acompañaba me preguntó: Irene, ¿te sientes madre? Mi respuesta fue inmediata a todos los efectos. Es verdad que no he engendrado, pero me siento plenamente madre. Mejor, quisiera decir más, porque cuando nos entregan personas en estado de grave fragilidad y muy pequeñas, hay que aprender cada día “la vida de esa persona”.

Comparto una experiencia que me ha enseñado el “verdadero amor”. Se trata de una niña muy grave:

hidrocéfala, ciega, la espina dorsal bífida... seis años, que en realidad demostraba pocos meses... esa niña ha desencadenado en la comunidad y en el vecindario, la revolución del amor y ha logrado la conversión de jóvenes voluntarios y médicos con los que ha entrado en contacto durante los frecuentes ingresos en el hospital, sin hablar, únicamente con su “piar”, como la ha definido una doctora pediatra, yo digo con su sonrisa, tanto es así que la hemos bautizado “La sonrisa de Dios”.

Quisiera contaros mi emoción, cuando encontrándome un día en el hospital con Daniela, me sentía muy cansada físicamente, me ha salido del corazón esta oración: “Señor, me sentía tan cansada que habría querido descansar un poco en tu compañía”... ese día junto a Daniela he experimentado como si hubiera estado delante de **Jesús Eucaristía**.

Sí, creo que ha sido un regalo del Señor, un regalo de la comunión profunda que se experimenta junto a los “pequeños y a los pobres” que son Jesús, como diría Don **Orione**. 



Al lado de la persona que sufre

Manuel Armenteros, OHSJD*Hermano de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios*

Cada día me pregunto cómo puedo humanizar y, a la vez, evangelizar el mundo del dolor y del sufrimiento. Lo primero es tomar conciencia de que no se está atendiendo a una enfermedad, sino a una persona que sufre, y si se le quiere dar una buena atención, los cuidados que se dan tienen que abarcar todas las necesidades de la persona, en su parte biofísica, psicosocial y espiritual. Ser consciente de que estoy al servicio de la vida; incluso cuando no se puede curar, sí se puede seguir cuidando.

En mi trabajo diario con la persona que sufre es muy importante ser empático, que no es otra cosa que pensar cómo me gustaría a mí que me tratasen.

Para mí es muy importante practicar la acogida para que la persona enferma y su familia se sientan en un ambiente acogedor. Hacerles sentir bien. Donde son tratados con respeto y tolerancia a su forma de ser y a sus ideas. Lo que me lleva también a tener que desarrollar una capacidad de escucha y diálogo.

Siempre procuro huir del paternalismo y los consejos fáciles, porque “es muy fácil ver el toro desde la barreira”. Lo que me lleva a no juzgar nunca a un enfermo o a su familia porque no sé qué historia de vida tienen detrás. Hay un dicho que dice: “Nunca juzgues mi camino si no estás en mis zapatos”.

En el buen arte de acompañar a un enfermo y a su familia hay que ser muy paciente y prudente. Cuidando el lenguaje verbal y no verbal. Delicado, ser responsable en mi tarea. Desde mi experiencia, ayuda mucho un sano optimismo y sentido del humor. Siempre tener una buena actitud de servicio. Ser flexible en las normas.

A veces la mejor manera de ayudar y acompañar es saber callar y guardar silencio. También le doy mucha importancia al cuidado de lo invisible, que no es otra cosa que el cuidado de las emociones.

Todas estas actitudes que intento desarrollar día a día en el trabajo con el enfermo, la persona que sufre o su familia, sé que no es completa si no sé trabajar en equipo. Hay que saber integrarse y trabajar en un equipo multidisciplinar.

Tratamos con personas en un momento de su vida donde experimentan la vulnerabilidad: lo que nos debe importar es la persona y su dignidad.

Si quiero dar una asistencia al enfermo, tiene que abarcar también la espiritual: necesidad de dar y recibir amor, de perdonar y ser perdonado, de encontrar sentido al sufrimiento, de tener esperanza en algo o alguien, de alcanzar la paz interior, de perdurar o dejar huella, de poder despedirse de sus seres queridos. Dentro de las necesidades espirituales están las necesidades religiosas. Las personas de fe experimentan la necesidad de fortalecer la relación personal con Dios, a través de la oración o de los sacramentos.

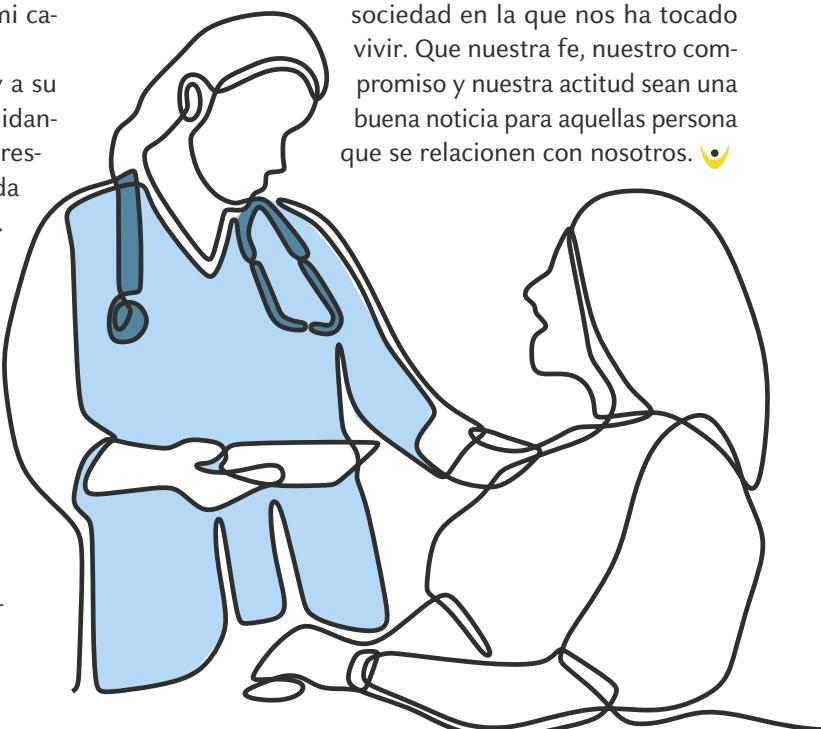
Experiencia de Dios

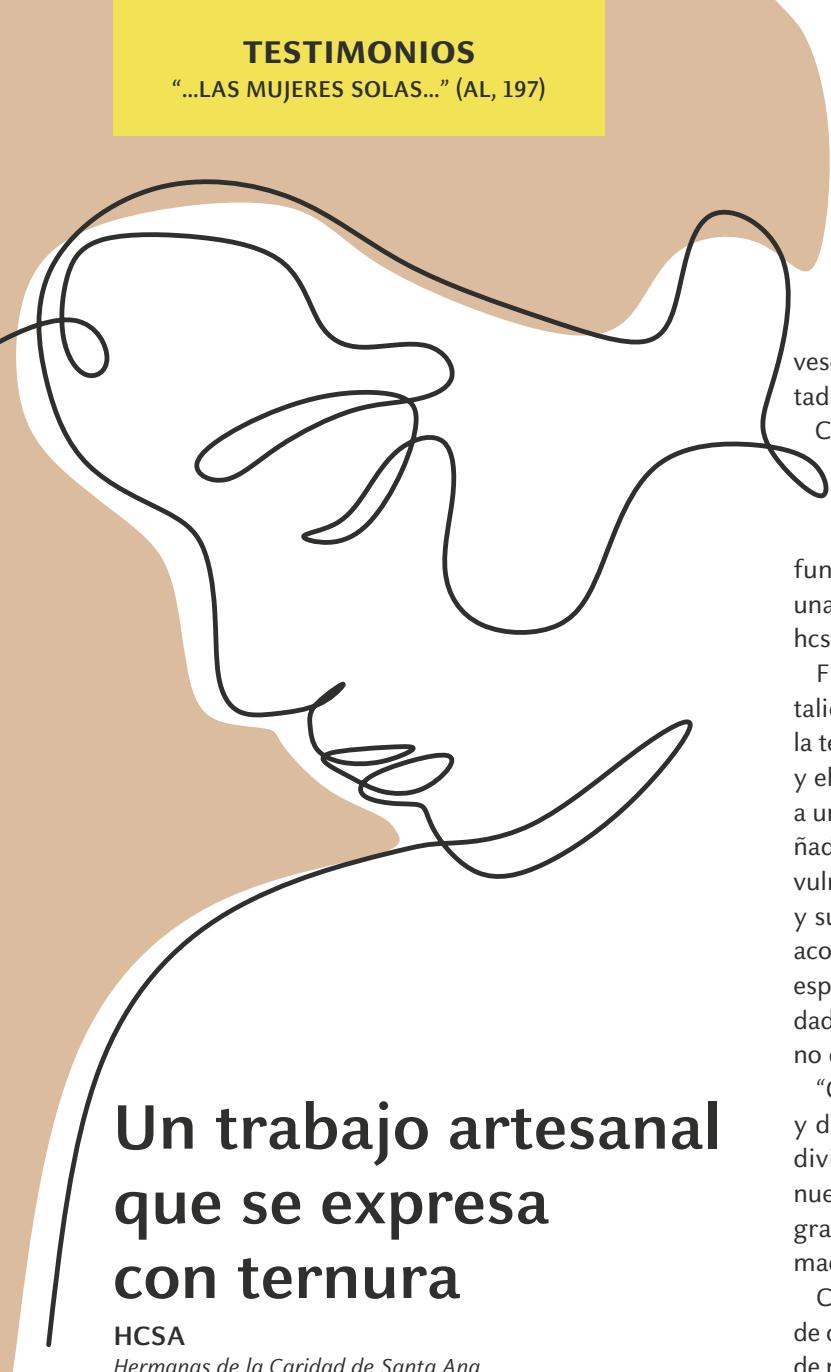
Las personas creyentes saben que Dios les acompaña en la enfermedad, pero necesitan sentirle, experimentar su cercanía. Como signos sensibles y eficaces que son los sacramentos, confortan, dan paz, facilitan ese acercamiento y contacto con el misterio de Dios. La evolución de las necesidades espirituales del enfermo no es cuestión de un instante. Se requiere una presencia continuada para hacerse cargo cabal de la situación o momento espiritual de un paciente que, de hecho, es compleja y cambia con el proceso de la enfermedad.

Saber cuidar y acompañar es un arte. Por eso, para poder cuidar y sanar debemos cuidarnos primero a nosotros mismos, porque nadie da lo que no tiene.

Lo que nos va a distinguir a cada uno en el campo en el que trabajamos y evangelizamos es la actitud con la que salgamos cada día. Como buenos samaritanos y samaritanas tenemos que ser luz y sal en medio de esta

sociedad en la que nos ha tocado vivir. Que nuestra fe, nuestro compromiso y nuestra actitud sean una buena noticia para aquellas personas que se relacionen con nosotros. 





Un trabajo artesanal que se expresa con ternura

HCSA*Hermanas de la Caridad de Santa Ana*

Francisco nos deseaba que *Amoris laetitia* nos llevara a sentirnos “llamados a cuidar con amor la vida de las familias, porque ellas ‘no son un problema, son principalmente una oportunidad’” (7). Este deseo y esta oportunidad nos alcanzaron.

Las palabras de *Amoris laetitia*, algunas con mayor intensidad, van engarzándose entre sí dando a la vida consagrada un habitat especial para vivir la alegría de un corazón grande entregado a “un trabajo artesanal que se expresa con ternura” al “integrar con mucho amor a las madres... y a las mujeres solas que deben llevar adelante la educación de sus hijos...” (197).

En el capítulo primero se nos recuerda como “la Biblia está poblada de familias... de historias de amor... (8).

También lo está nuestro mundo y nuestra humanidad, y en ellas, la vida consagrada.

Venid y asomaos a una de tantas historias de amor, de familia grande, con corazón grande. Atravesemos “el umbral de esta casa... con su familia sentada en torno a la mesa de la vida (9): Hermanas de la Caridad de Santa Ana, que se viven “en un nuevo estilo de familia inaugurado por Jesús donde vivir el amor y la comunión, a semejanza de la Trinidad.

El Dios Trinidad que es comunión de amor nos fundamenta. Queremos hacer de todos los hombres una familia en la que nadie quede excluido” (CC 61-62 hcsa).

Fruto de nuestro carisma es la vivencia de la Hospitalidad que nos lleva a acoger desde la misericordia y la ternura. “Fruto del amor son también la misericordia y el perdón... Jesús no condena a la adultera, la invita a una vida más digna (27). Así son acogidas y acompañadas nuestras madres solas con hijos en situación de vulnerabilidad. Arrastran, porque pesan, sus historias y sus heridas. No hay juicio, ni condena. Hay soledad acompañada, gestos y palabras, la ternura del abrazo, espacio y silencio, apoyo y esperanza; un especial cuidado para comprender, consolar, integrar... (49). Camino compartido hacia la vida que merece ser vivida.

“Con esta mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, de familia humana y de Trinidad divina, contemplamos la familia que Dios confía en” nuestras manos (29). Manos de mujer, y mujer consagrada. De mujer a mujer. De consagrada fecunda a madre fecunda.

Cada mujer porta un cúmulo de fortalezas y luchas, de capacidades y conquistas y cada una ama a sus hijos de manera única. Con ellas y por ellas vivimos, sufrimos y luchamos: “La falta de una vivienda digna que suele llevar a postergar la normalización de las familias monoparentales... niños que nacen fuera del matrimonio... que crecen con solo la madre... familias... castigadas de tantas maneras... la mujer que debe criar sola a su hijo y trabajar sin la posibilidad de dejarlo con otra persona” (45). Estas son las madres e hijos de nuestra familia. Y este es nuestro proyecto de vida: hacer de nuestra casa, hogar y de nuestra comunidad, familia.

Junto a Francisco damos “gracias a Dios porque nuestra familia... lejos de considerarse perfecta, vive en el amor, realiza su vocación y sigue a Jesús en un nuevo modelo de familia formado por tantas realidades diferentes, colmada de gozos, dramas y sueños” (57). Este modo de vivir en familia nos ha regalado “abrir más y más el corazón, haciendo posible un encuentro con el Señor cada vez más pleno” (316). 

Una casa de 39 hermanos

Asun Mató, FMA*Hija de María Auxiliadora*

“**E**staba de colonias y han venido a buscarme y me han traído aquí, dicen que, porque en casa no me ayudan, no se preocupan de mí... pero yo quiero estar con mis padres, aunque a veces me asusta oír cómo se pelean y me esconde para no verlo. Yo creo que mi madre me quiere, pero no entiendo por qué cuando vuelvo de la escuela aún está dormida y yo tengo que comer lo que encuentro. A veces la vecina me invita a pasar a su casa y allí se come bien...”.

Eso es lo que **Carla** expresaba el día que llegó a nuestra casa, el CRAE “Llar Les Vinyes” en Cerdanyola del Vallès (Barcelona), desconcertada, dolida, sin entender lo que le estaba pasando.

Al llegar se encontró con unos educadores que le esperaban, le habían preparado su cama, su armario, su espacio de juego, de vida diaria, compartida con otros 39 chicos y chicas dispuestos a acogerla como una hermana más. “En casa tenía dos hermanos –le dice uno de 12 años–, aquí he encontrado a más”.

La “segunda” familia

Carla tiene 8 años, se incorpora a un grupo de cuatro niños y cinco niñas, algunos ya adolescentes, que con los educadores van a ser su nueva unidad de convivencia en un piso como el de otras familias. Así hay otros tres pisos en el mismo edificio. Todos comparten patio, espacios comunes de juego, de encuentro, de reuniones, incluso de visitas familiares cuando es posible.

Tres días más tarde, cuando se hace posible la llamada con su madre, escuchamos: “Mamá, te quiero mucho, no sufras por mí, esto no es como nos habían dicho, ya lo verás cuando puedas venir. Nos tratan muy bien, ya voy a la escuela, ¡y comemos cuatro veces al día! Me han dicho que cuando papá y tu hagáis los deberes podré estar con vosotros... por favor, ¡hacedlos bien!”.

Carla se esfuerza por estar bien, tiene momentos difíciles, a veces se desahoga con los educadores, a veces dando golpes, rompiendo cosas o peleándose con cualquiera, porque todo le supera. Luego es un encanto de niña, cariñosa, colaboradora, dispuesta a hacer sus deberes... “Es como mi segunda familia”, dice más adelante cuando se le pregunta cómo se siente en la Llar. Está feliz porque el equipo de atención a familias va a recibir a sus padres que han aceptado un acompañamiento directo, este es el primer paso.

Luego a través de encuentros con las terapeutas, pondrán sobre la mesa su proyecto de vida y se sentirán arropados para ir adquiriendo las habilidades parentales necesarias.

Carla se va de la Llar con sus padres, los tres felices, agradecidos, pidiendo continuidad en el acompañamiento, empoderados, capaces de ser familia.

Así, sin que casi nadie se entere, se va potenciando la familia a partir de pequeños gestos, sin hacer ruido, con una capacidad de donación muy por encima del compromiso profesional, solo a veces, desde la fe, siempre poniendo piedra sobre piedra para la construcción del Reino, la humanización de nuestra frágil sociedad. 



Encuentros humanos

Fernando Ruiz, ODM

Orden de la Merced

El momento en que se van cerrando las puertas de seguridad detrás de ti es el más molesto. Al principio se hace un nudo en el estómago, ponemos cara de susto al entrar en un mundo tan separado y en teoría habitado por personas peligrosas y malvadas. Sin embargo, la magia empieza con el primer saludo. Y es a los funcionarios, las personas que llevan adelante y humanizan el sistema penitenciario, con quiénes vamos entablando pequeñas conversaciones mientras agilizamos el paso por el detector de metales y la verificación de credenciales.

Pronto encontramos por los pasillos a los que han conseguido un trabajo en talleres, en el huerto o en los servicios internos del centro. **José** estuvo mucho tiempo en el grupo de catequesis y en “Entre dos sillas”, y nos saluda con alegría mientras empuja el carro de comida. Preguntamos a **Juan** que sale de la limpieza del módulo de entradas, y nos pone al corriente del último permiso que disfrutó y de su familia, que conocemos bien. Con **Óscar** es apenas un saludo de lejos, al otro lado del rastrillo: estuvo en la pastoral juvenil y sus antiguos catequistas mandan saludos.

Cuando llegamos a los módulos estamos ya sumergidos en este microcosmos humano. Primero grandes saludos, en tropel, mientras vamos al salón de actos para la Eucaristía. **Jorge** está enfadado, le han negado un permiso y habla de recurrir al juez. Recuerdo cuando en una catequesis descubrió que otro compañero había estado en el mismo reformatorio, y se decían: ¿a ti también te pegaron con la manguera? ¿Y estaba aquel que dirigía las palizas? Ahora tiene más de cincuenta años, y ha pasado por una docena de prisiones...



Por eso en la pastoral de prisiones, en la confesión y en la Eucaristía celebrados entre rejas, suceden cosas que no pasan en otros lados. *Pedid y se os dará*, decía el Señor. Piden escucha, y buscan perdón, de la sociedad, de Dios, y el más difícil, de sí mismos. Lo más fácil es indignarse ante tanto dolor generado con sus delitos, o sentir lástima ante su miseria, historias de vida terribles, donde no caben más desgracias por centímetro cuadrado, como dice don **Ángel**. La liturgia se carga de esperanza, rezamos el credo con la fuerza del que necesita creer, y se comulga con una devoción que conmueve hasta al más duro.

El mundo de la prisión es un mundo de controles y normas que comprimen la vida de personas en un minúsculo espacio y tiempo, a base de restricciones tan duras y frías como los barrotes de hierro que las contienen. Teóricamente es un lugar de reeducación y reinserción, socialmente prima el castigo por el delito cometido. Humanamente... es el lugar donde cualquier gesto de humanidad es semilla de esperanza para un anhelado futuro en libertad.

Por eso entro en la cárcel. Cómo parte de la familia grande de los creyentes. Haciendo caso del aviso del Señor: “Estuve en la cárcel y vinisteis a verme”, la Iglesia se hace presente en mundo penitenciario desde la fuerza del Evangelio, sin juzgar a nadie. Es lo primero que te dicen cuando vas a entrar: nunca, nunca se pregunta por qué estás aquí. Vamos a encontrarnos con hermanos, para dar lo que hemos recibido: compasión de Dios, fuerza de vida, chispas de esperanza.

Los voluntarios visitamos, acompañamos y ofrecemos momentos de oración, catequesis y actividades educativas. Desarrollamos programas de ayuda, solucionando con fondos a los internos que no tienen recursos para llamar a sus familias o para disfrutar de permisos, y apoyando también en los momentos de salida.

Todos caben

Fernando Artigas, MMSPS*Misionero del Espíritu Santo*

Hoy soy yo el que escribe, pero varios misioneros antes que yo han ido acompañando a estos hermanos y hermanas nuestras que se han visto afectadas por el dolor y el sufrimiento que trae consigo la separación, porque conlleva el derrumbamiento de su proyecto vital, de su anhelo y deseo de dar y recibir amor y de que este sea fecundo, no solo en los hijos sino en todas las áreas de sus vidas.

No hemos sido solo los misioneros los que hemos acompañado a las personas en este proceso de duelo y que en su mayoría, gracias a Dios, culmina en una resignificación de su proyecto personal. Ha sido gracias a nuestros compañeros y compañeras de camino, con quienes compartimos la misión. Me refiero a los laicos y laicas que han pasado por esta circunstancia y que no solo han curado su herida personal, sino que, como buenos samaritanos, con nosotros y desde nuestro carisma, han auxiliado, atendido, curado y cuidado de otras tantas personas que han pasado y pasan por este doloroso trance.

El inicio de la *pastoral de sepas*, como cariñosamente los llamamos, surgió sin ningún planteamiento previo, sin ninguna estrategia pastoral predeterminada, simplemente se les invitó. Comenzó sin proyecto, sin temario ni itinerario. Inició como hace una madre cuando su hijo demanda su atención, sin preguntar las causas, sin hacer hincapié en los errores, solo acogiendo y respondiendo a la petición. Ah, y quitando todo vestigio que pudiera etiquetar. Ya al inicio del curso les hacemos tomar conciencia de que “no son separados, lo están”. La razón es muy sencilla pero absolutamente evangélica, son

mucho más que eso, son personas. Y esto vale para todos los estamentos que en la pastoral desempeñamos los religiosos, las personas no son huérfanos, o hijos de madres solteras, o inmigrantes o... no, son personas. Esa es su identidad. Más aún, son hermanos y hermanas con igual dignidad y amados de la misma manera por el padre común.

Que gratitud se experimenta al ver a una persona que sana su herida dándose nuevamente la oportunidad para amar y sentir el amor abriendo su vida a la entrega y al servicio.

Integrar a los “sepas” en la “casa grande” con mucho amor supone:

ACOGER desde una actitud de verdadera escucha, con empatía y compasivamente, es decir, como quien se pone en el lugar del otro, siente y padece con él.

COMPARTIR porque verbalizar es poner nombre a aquello que sentimos, tal y como lo sentimos. Expresarlo es terapéutico ya que el oírnos hablar a nosotros mismos nos permite tomar distancia y esto abre un espacio para la propia reflexión.

SANAR, ya que la persona separada ha sido herida y ha quedado dañada en su autoestima. Ofrecerla alivio y, al mismo tiempo, ayudarla a afrontar su crisis haciendo frente a su sentimiento de fracaso. Sin ahorrarle el sufrimiento pero sembrando en ellas esperanza.

LIBERAR, esto es, proporcionar las herramientas para que puedan reemprender de nuevo el camino y retomar su vida.

Y todo esto, asumiendo nuestros propios límites y dificultades, sin omnipotencias narcisistas, porque no siempre podemos “solucionar los problemas inherentes a la separación” solo podemos humilde y sencillamente acoger, escuchar, compartir, sanar y liberar; es decir, abrirles la puerta para entrar a formar parte de la casa grande. ☩



**Jesús, María y José
en vosotros contemplamos
el esplendor del verdadero amor,
a vosotros, confiados, nos dirigimos.
Santa Familia de Nazaret,
haz también de nuestras familias
lugar de comunión y cenáculo de oración,
auténticas escuelas del Evangelio
y pequeñas iglesias domésticas.
Santa Familia de Nazaret,
que nunca más haya en las familias episodios
de violencia, de cerrazón y división;
que quien haya sido herido o escandalizado
sea pronto consolado y curado.
Santa Familia de Nazaret,
haz tomar conciencia a todos
del carácter sagrado e inviolable de la familia,
de su belleza en el proyecto de Dios.
Jesús, María y José,
escuchad, acoged nuestra súplica.
Amén.**

Papa Francisco

